

¿Ves esa chispa de divino fuego
que encierra el corazón de gloria ansioso,
que en hirviente volcán se cambia luego,
y de su luz en pos el hombre ciego
corre veloz con paso misterioso?

Esas es la inspiración. Por ella el hombre
siente en su pecho aliento soberano;
por ella quiere conquistarse un nombre,
y sin temor de que su audacia asombre
osa tocar el cielo con su mano.

Por ella con placer la vista tiende
y admira las bellezas de natura;
con atrevido vuelo el aire hiende;
un manantial de fé su pecho enciende,
y dueño ya del mundo se figura.

De una noble ambición arrebatado
quiere escalar el trono del querube;
y en alas de su espíritu llevado
mide el espacio inmenso estasiado
y hasta el alcázar del Eterno sube.

Allí contempla su divina esencia;
allí destellos de su luz recibe;
admira allí su sabia Providencia;
y allí embriagado en la sublime ciencia,
sabe gozar de todo cuanto vive.

Vé desde allí la inmesidad del cielo
de soles mil radiantes tachonada;
sigue al arcángel en su raudo vuelo,
y á su vista se rasga el denso velo
que el universo oculta á su mirada.

Entonces, sí de ardiente poesía
siente en el corazón la intensa llama,
su géneo colosal al mundo envía
los mágicos torrentes de armonía
que de su mente sin cesar derrama.

Si es artista, prepara sus pinceles;
á natura arrebatada sus colores;
y despreciando vanos oropeles,
corre á ceñir su frente de laureles
embelleciendo las pintadas flores.

Por eso tú que adviertes en tu mente
de sacra inspiración celeste brillo,
irgues gozoso la espaciosa frente,
y entusiasmo creador tu pecho siente
estudiando á Velasquez y á Murillo.

Artista, sigue; el porvenir te espera:
un porvenir radiante de ventura;
no cejes nunca en tu veloz carrera,
porque al salir de la común esfera
el genio encuentra asiento allá en la altura.

De ese volcán que el corazón inflama
no abandones la luz que así te inspira;
sigue el impulso de esa noble llama;
que al verte yo en el templo de la fama
á tus pies depondré mi débil lira.

José Maria Espadas y Cárdenas.

VARIEDADES

Diario de un ciudadano romano ó lo que un particular hacia durante un día en la vida ordinaria.

CONCLUSION.

HORAS NONA Y DECIMA.

[Tres y cuatro de la tarde.]

La hora de la cena era ordinariamente entre la nona y décima, según su modo de contar, y según la nuestra, entre las tres y las cuatro de la tarde, de suerte, que quedaba tiempo suficiente para la digestión, para las diversiones, y para los cuidados domésticos.

El lugar de la cena era fuera de la casa, algunas veces y sobre todo en la primavera; esta comida se hacia bajo un plátano, ó cualquier otro árbol copudo; pero fuese en donde fuese, se tenia cuidado de colgar una tela que pudiese cubrir la mesa y los convidados, sin cuidado por el polvo y otros inconvenientes.

En tiempo de los emperadores el lujo de los comedores habia llegado á un grado excesivo.

Se hace mención de aquella maravillosa sala de Nerón, conocida con el nombre del salón de oro (*domus auri*), que por el movimiento circular de sus paredes y bóveda, imitaba las diferentes alteraciones del cielo, ora sereno, ora tempestuoso, representando las diversas estaciones del año, que se mudaban á cada servicio, haciendo algunas veces llover sobre los convidados, flores y esencias.

Hacia el fin de la comida, se retiraban ordinariamente de la mesa las mugeres y los niños. Antiguamente los convidados, acompañándose con la flauta ó la lira, cantaban las alabanzas de los grandes hombres. Después, se admitieron bufones, jugadores de manos, tocadores de instrumentos, bailarines y saltimbanquis. De cualquiera naturaleza que fuesen estas diversiones, duraban hasta bien avanzada la noche, pero no impedían á los convidados brindar por la salud de unos y otros, presentarse la copa, y formar deseos por la dicha de sus amigos y patronos. La copa pasaba de mano en mano desde el primero al último.

En una de las tres cartas de Augusto que Suetonio ha conservado, este emperador envía á su hija 250 dineros, porque habia dado igual suma á cada uno de sus convidados para jugar durante la cena á pares y nones, á los dados ó á otros juegos que mas les agradase.

Plinio en una carta á Cornelio decia: tenemos el honor de cenar todos los días con el emperador. La colación era muy frugal, en relación á la dignidad del que la daba. Muchas veces se pasaba la tarde en oír comedias ó farsas: otras, una controversia reñida causaba placeres mas sencillos y menos caros, que aquellos á que principalmente eran convidados.

Heliogábalo, no era tan moderado en la elección de los placeres con que animaba sus comidas: en algunas ocasiones hacia caer de la bóveda de su soberbio salón, tan gran cantidad de flores sobre los parásitos, que algunos caian sofocados bajo su peso: en otras, mandaba colocar al rededor de una mesa redonda, una camilla en forma de arco que llamaban *sigma*: hacia sentar en ella, hoy, ocho hombres calvos, mañana ocho gotosos, otro día otros tantos negros; al día siguiente igual número de delgados, ó bien ocho gruesos, que prensados de tal modo unos con otros apenas podian moverse, ni llevar la mano á la boca, mientras que él y su corte se divertian con la forzada continencia de aquellos infelices. Frecuentemente hacia llenar este *sigma* de cuero de agua en lugar de lana, y mientras que aquellos no pensaban sino en comer y beber, mandaba desocupar repentinamente el *sigma*, este se aplastaba y los pobres caian de narices sobre la mesa, siendo esta una de las diversiones mas inocentes del emperador.

Quando el ciudadano romano se levantaba de la mesa, lo demás del tiempo lo pasaba ó bien en el paseo, ó bien ocupado en los cuidados de su familia, á la que á aquella hora pasaba revista: cada liberto y cada esclavo, daba las buenas noches á su señor, y con esto acababa el día.

(Magasin Pittoresque.)

El Astur.